

su antiguo culto, en su calendario nativo, algo en que los franciscanos encontraban un camino eficaz para el proceso de adoctrinamiento; pero por la otra, lo más frecuente fue la imposición de un santo patrón decidido por los propios frailes, tal es el caso de san Miguel Arcángel, instalado en todos aquellos lugares donde encontraban el culto a Tláloc, el dios mesoamericano de la lluvia; esto, por lo menos en la Cuenca de México.

Otra imagen igualmente beligerante es la de Santiago Matamoros, que representa la tradición guerrera de los españoles cristianos en su lucha contra los moros, y que al llegar a América se convierte entonces en “mataindios”. Su culto, profundamente hispano, no sólo forma parte de la cultura de los invasores, sino que a través de la acción evangelizadora del clero regular se convierte en un protagonista de los ciclos ceremoniales de las Repúblicas de Indios, ya sea como santo patrón, y es uno de los más frecuentes, con el que solamente rivalizan el arcángel san Miguel y la Virgen María en sus diferentes advocaciones; o bien en la muy extendida celebración de representaciones teatrales y de danzas conocidas como de “Moros y cristianos”, o también como la “Danza de la Conquista”.

La herencia medieval también se reconoce en muchos de los rituales relacionados con las celebraciones comunitarias y en su parafernalia. Las largas procesiones en torno de la iglesia, o rodeando a la comunidad, encabezadas por la imagen del santo patrón, llevado en andas bajo un palio, entre nubes de incienso y acompañado por diversos funcionarios religiosos que llevan diversos elementos, como grandes candelabros, estandartes y otras imágenes menores, son uno de esos rituales. Una imagen elocuente